

La modelo roja

(Narración inmoral)

I
Apareció en Ciudad cantando música italiana.

Su marido hacía sonar bellas canciones en un violín.

Ella era roja.

Su frente, blanca y serena y activa.

Era bella. Era de una belleza de luna.

Pero más bella era su voz de soprano.

Los mediocres artistas de Ciudad escucharon las romanzas, asentían, y entregaban la limosna que el marido les pedía después de la audición callejera.

Y marchaban, bajo las estrellas, llenos de tristeza en el alma.

Y repetían maquinalmente las canciones.

II
Los mediocres artistas de Ciudad llegaron a inquietarse por el vivir de la cantante extranjera porque les inspiraba producciones.

Se publicaron versos; se reprodujeron apuntes; se trazaron pequeñas novelas de amor.

El artista del violín sintió miedo de Ciudad. Su música comenzaba a imperar. Los óbolos trascendían a sumas de excesivo dinero para su vida de miseria. El artista pensó en abandonar la población que mejor le recibía.

Porque sintió celos.

—Esto es por tí,—dijo a su mujer; estás llamando excesivamente la atención; te quieren demasiado ya.

—Pues me quiero quedar por mas tiempo. Tu no sabes el secreto de mi eterno caminar.

—Pero ¡te quiero tanto!—Y suspiró, al tiempo que tendía sus brazos al cuello de la artista roja.

—Se bueno, Karl. Se acerca el día. El recuerdo de Ciudad perdurará en nosotros.

Y Karl, sumiso, recibió el beso de ella, casto; beso de madre si de esposa no fuera.

III

Los mediocres artistas de Ciudad concibieron la conquista de Agrippine y se acercaron a la mesa de café donde diariamente tomaba su taza.

Ella aceptó gustosa. El, celoso, se dejó llevar del nuevo capricho.

Se habló de la fiesta.

Agrippine cantaría sus bellas napolitanas, y se recitarían versos y se leerían prosas.

Darían carácter íntimo. No obstante el salón del Círculo estaría adornado.

Y continuó la conversa hasta que ella finó una inventada historia de su vida, llena de imágenes dolorosas.

Los mediocres artistas de Ciudad fuéronse ilusionados por preparar para en breve el programa convenido.

—Eres una loca,—dijo Karl.

—Efectivamente.

Y ambos, asidos del brazo, salieron del café.

IV

La fiesta no fué íntima, y por lo tanto, la exquisitez fué relativa.

Aquella noche en que la belleza de Agrippine triunfaba, hubo un enamoramiento mal reprimido, Néstor, el pintor modernista, la pidió por modelo.



La artista roja sonrió.
Karl, anegado en odio, pensó matarse.

Más ella que leyó en el surco vertical de la frente del marido, díjole:

—Karl, es mi triunfo. Es el triunfo de tu amor.

Y Agrippine aceptó la invitación de Néstor y ofrecióle su desnudo en aras del Arte.

Y dijo:
—En la clase de pintura del Círculo y para sus alumnos. Y Karl hará también mi retrato.

El presidente, en oír, comunicó las palabras a un periodista y creyó cazar unas cuotas de socio explotando la sensualidad.

—Gracias, gracias,—expuso el presidente.

Néstor, fracasado, mordióse el labio; y las furias de Karl recitaban imprecaciones.

V

El despecho del presidente no tenía límites por cuanto un solo señor había pedido ingreso y solicitado caballete en la clase pictórica.

Y era extranjero, cónsul de uno de los Estados norteros.

—Un aficionado,—se decía.

La modelo roja, cada noche ofrecía el pomo de su carne a los ojos de los copistas.

Y llenábanse de óleo las telas. Faltas de vida, de ritmo e intelecto, llegaron a malhumorar a Agrippine.

—¡No saben pintar! Solo tu Karl, y Stevenson acertáis. Tú sobre él; tu, porque me quieres y eres filósofo, Karl, interpretas. Estos pintores de Ciudad son imaginativos y no hacen sino huir de sus clásicos. No pintan más que el cuerpo y prescinden del alma. ¡Néstor vé mis carnes bañadas de azul! Karl, ¿no es horrible el modernismo?

—¿Por qué no huyes Agrippine? Me destrozas el alma. Aquí no eres artista, sino liviana, miserable. ¡La

modelo roja!

—Sea Karl, sea. Más tu sabes que soy la artista.

Y francamente, añadió:

—Pronto sabrás que soy, la patriota!

—¿Qué dices? ¿Qué secreto vas a revelarme?

—¡Stevenson! Cayó en la red, aunque tarde. Pero cayó. ¡Stevenson! ¡Por la Patria, Karl, por la Patria!

Y Karl en saber el secreto de Estado convino dejar de ir al Círculo para que su mujer hilvanase mejor la venganza.

VI

Para Agrippine, seducir a Néstor y a Stevenson era un gran problema.

(No lo sería para Carmen la maja española).

Mas Agrippine lo consiguió.

Y llegó el desenlace terrible, sangriento, horroroso, en que Néstor hundía el cuchillo en el pecho del consul inglés.

VII

Karl le preguntó:

—¿Estás satisfecha?

—Sí; y Alemania; lo estamos. No me llames Agrippine ya, que no soy gala. Llámame Zita, que soy teutona. El príncipe murió a manos de él, de Stevenson, en la cervecería, durante la revolución.

El príncipe iba disfrazado. Le conoció y disparó su revólver. Era por razón de Estado e Inglaterra le mató. Caiga sobre Stevenson y sobre su tierra mi venganza y maldición; la princesa Zita, ¡venga y maldice! ¡Karl, viva Alemania!

Y Karl, congestionado de emoción gozosa, gritó:

—¡Viva Alemania!

Y se abrazaron.

El buque anunciaba su entrada en Hamburgo.

Carlos Salvador.

